

Los Alcaudones ganan terreno en nuestro valle

Por MARTIN ICIAR

Terminada la clase y sin entretenerse lo más mínimo con sus amigos, un muchachito de sonrosadas mejillas volvía de la escuela a su casita situada al borde de la carretera, río abajo, a poca distancia del pueblo. Iba alegre y contento embelesado en bellos pensamientos que no dudaba se convirtieran en realidad en un mañana próximo. Días atrás, su padre le había regalado una linda nidada de jilgueros enjaulados que su fantasía le representaba crecidos en unos hermosos pajaritos cantando a más y mejor; luego pensaba que empleándolos como reclamo, cogería muchos, muchísimos, para comprar con el producto de su venta una bicicleta como la de su padre..., con la que podría obsequiar también a sus amiguitos cuando estuviera él cansado de correr por aquellas carreteras...

Al llegar, penetró en el jardincito de "Gure Kabia", y dejando su carpeta colgada de una rama se dirigió al peral donde a prudente distancia del suelo estaba suspendida de una sus ramas la jaula de sus ensueños... Al acercarse vió con cierto recelo, que los pajaritos no se dejaban ver en la jaula, a pesar de mirarla y remirla por todos los lados. Un vago presentimiento le hizo acudir al gallinero para recoger allí una escalera de mano y llegar así a la jaula...

La colocó apoyada a las ramas del peral: su corazón latía con fuerza... Al contemplar el triste cuadro que presentaban sus pajarillos no pudo reprimir un grito de terror...: faltaba uno y los cuatro restantes aparecían con sus cabecitas seccionadas junto a los barrotes de la jaula... ¡Maldito gato! rugió el niño y bajándose de la escalera se apoyó en el tronco ocultando su pena. Daba compasión aquel muchachito de rubia cabellera y ojos azules que veía derrumbarse el castillo de naipes que se había forjado en su infantil fantasía...

Cediendo a su dolor, empezó a llorar, subiendo de punto sus llantos cuando su amatxo abriendo la ventana le llamó:

—¡Pero Asiertxo, qué te pasa! ¿Has tomado algún daño?

El muchacho sin articular palabra le señaló la jaula.

La Antoni, bajándose rápida a la huerta, abrazó a su hijito que sollozaba y al ver la jaula exclamó:

—¡Pobres pajaritos! los ha devorado el gato! No te aflijas, Asier-txo, ya volveremos a enjaular otra nidada en un lugar donde el gato no pueda llegar. ¡Vamos a merendar!

—No tengo ganas, repuso el niño, y ambos entraron en casa.

De un grupo de obreros que regresaban en “bici” de su trabajo, uno se paró frente a Gure-Kabia”: era Joxé, padre de Asier-txo... Le extrañó que su “semetxo” no le esperara como de costumbre para dar una vuelta en su bicicleta y al entrar en el jardínillo llamó a su mujer:

—¡Antoni! ¿no ha vuelto de la escuela Asier?

—Sí, respondió la mujer.

—Y, ¿dónde está?

—Aquí, hecho un mar de lágrimas.

—¿Qué le pasa?

—¡Fijate en la jaula! Ha ocurrido lo que presentia... Los ha degollado el gato.

—Pero, ¿cómo ha podido saltar hasta allí?

—¡No lo sé! ... pero, ahí los ves a los pobrecitos.

Al momento bajó Asiertxo, ya un poco serenado, para saludar a su aitatxo.

—¡No te apures y ven acá!, le dijo su padre envolviéndole cariñosamente con su férreo y desnudo brazo, y llevándole a la parte trasera de la huerta y señalándole una rama cimbreante de un nogal le dijo:

—¿Ves qué nido tan bonito?

—¡Y es de un jilguero!, replicó alegremente Axier.

—¿Has merendado, Asiertxo?...

—No, le contestó. —¡Mira, mira, aitatxo! ¡Qué pájaro más bonito, ese que está en el árbol: es blanco y tiene una cabecita roja...

Fugaz como un relámpago, un vistosísimo pajarito huyó del nogal.

—¡Sería un jilguero! exclamó Joxé.

—¡No, aita! ¡Era mucho más grande! Y los dos entraron en la cocina.

* * *

En los contornos de “Gure-Kabia” en el silencio y la quietud que siguió a estas escenas, un hermoso pájaro se posó sobre la rús-

tica puerta del jardinillo. Inmóvil, con siniestra mirada esperaba a su posible presa... El color blanco de sus plumas, con geométricos dibujos en negro, realizaba su robusto cuerpo; un velo de color rojo vivo, cubría su cabecita como queriendo ocultar la perfidia de su pico y de sus aceradas garras. Por cualquier sutil movimiento que descubría, se escondía entre la tupida hojarasca de los manzanos. Bajaba a tierra recoger algún insecto, y subía ora a alguna estaca o entraba en la espesura de los matorrales. Al poco rato, subió a la copa de un gran manzano y comenzó a cantar maravillosamente imitando al ruiseñor.

* * *

En aquel tranquilo atardecer de primavera, cuando el sol, tras su recorrido diario descendía en el horizonte bañando de dorada luz los cerros del Keixeta-mendi, regresaba el viejo Matxin de Loyola, donde había pasado la tarde en el ambiente recogido del Santuario y bajo la sombra de sus frondosos parques llenos de pajarillos, disfrutando del agradable y fresco airecillo tan peculiar al vallecito asentado entre el Izarraitz y el Arauntza.

Al pasar delante de "Gure-Kabia" nuestro Matxin quedó sorprendido por el canto del ruiseñor, y entró en el jardinillo en pos de él. Los rosales, geranios y alhelies, graciosamente dispuestos por las manos de la Antoni, exhalaban deliciosa fragancia que unida a las notas graves de aquel hermoso pájaro cantor, a Matxin le hicieron recordar sus años mozos... Y, dijo para sí: ¡"Gure-Kabia" es un verdadero nido de felicidad! Embelesado escuchaba sin darse cuenta de ciertas notas discordantes... Pero no tardó en notar que no se trataba de un auténtico ruiseñor... Buscó rápidamente con la vista entre el follaje y divisó al alcaudón: era el *Lanius Rufus* de Brisson, y Matxin, sin poder contenerse exclamó:

—Ah tunante, ¡cómo me has engañado!

Al momento en la ventana de la cocina aparecieron tres cabezas cuyas caras sorprendidas se parecían a tres personajes de una escena del teatro guiñol. Repuestos de la sorpresa y al tiempo que salían al jardín, Joxé le pregunta:

—Matxin, ¿qué le pasa?

—Nada... ese pajarraco... Perdonen mi indiscreción.

—¡Por Dios, no se vaya, Matxin!, rogó la Antoni. Su visita es tan grata en esta casa... y además, hoy estamos muy tristes porque Asiertxo ha perdido sus pajaritos devorados o destrozados por el gato. ¡Mire qué cara de luto tiene aún! ...

—Asiertxo, ¿pero dónde los tenías?

—Venga... ¡Aquí los tenía!, respondió Asiertxo, y cogiendo la jaula la enseñó a Matxin.

—¡Lástima!... ¡Cuidado que es carnicero este pajarraco! Sí, Asiertxo, es él, ese hermoso pájaro de vivos colores!

—¿Cómo lo sabe usted?, repuso la Antoni.

—¡Mirad!, prosiguió Matxin: Al posarse el alcaudón sobre la jaula aterroriza a los pajaritos abriendo las alas y el pico con el mismo gesto amenazador de las grandes aves de rapiña. Asustados estos pajaritos, intentarían huir sacando sus cabecitas de entre las rejas que les aprisionaban, lo que aprovechó el pajarraco para arrancarles y devorar luego con avidez sus sesos; además, a uno de estos con medio cuerpo fuera, le ha vaciado a picotazos el abdomen, dejando lo demás intacto. Esta es una prueba palpable de que no ha sido fechoría del gato, porque éste se lo hubiera merendado todo.

—¿Y qué clase de pájaros son éstos?... preguntó con interés Joxé...

—Son los alcaudones, contestó Matxin.

—No he oído nunca ese nombre, repuso Joxé.

—Aquí la voz popular los llama “monjak”, continuó Matxin, y en nuestro valle conocemos a cuatro distintas especies. El *Lanius Meridionalis* de Temminck, de color ceniza por encima y con alas y cola en negro y blanco. Lleva en el rostro una ancha banda negra que le rodea los ojos; su pecho es de color blanco; su tamaño es como el de la malviz: son raros en nuestro valle.

El *Lanius Minor* de Gmelin, sólo se diferencia de éste en que es algo más pequeño y por el color rojizo de su pecho.

—¡Aitatxo! Mira, mira, ahí está otra vez el hermoso pájaro que he visto antes, gritó Asiertxo...

—¿Lo veis?, indicó Matxin. Es el *Lanius Rufus* que seguramente se ha comido vuestros pajaritos. Es el más hermoso entre sus congéneres.

Por último tenemos el grupo más numeroso de nuestros alcaudones: el *Lanius Collusio* de Linneo, de cabeza y rabadilla cenicientas, garganta blanca, una banda negra que le rodea los ojos, y alas y cola del mismo color. El velo marrón con que cubren su cabecita y que recuerda el que llevan las monjitas de Santa Cruz, les ha valido el popular nombre de “monjak”.

—Deben ser pocos, porque yo no recuerdo haberlos visto nunca, dijo la Antoni.

—No son muchos, no y ¡ojalá fueran menos!, contestó Matxin.

La Divina Providencia, que tan sabiamente lo regula todo, los ha condenado a una sola puesta anual limitando así su reproducción; pero, hoy no basta ese veto de la naturaleza para alejar el peligro de exterminio que han creado con sus criminales instintos.

—Pero, ¿sólo viven a costa de los pajaritos?..., preguntó la Antoni.

—¡No! mientras no se apartan de su cauce natural, son preciosos auxiliares de nuestro agro. Consumen toda clase de larvas, langostas, ratones silvestres y abejorros; su voracidad no se detiene ante el fuerte caparazón de los escarabajos, hartándose en destruirlos, y sigue luego cazando todo bicho viviente como quien mata por matar, llegando hasta ensartarlos en los espinos... Hace unos días, y no muy lejos de aquí, ví en un zarzal al borde de la carretera, una docena de coleópteros clavados en las espinas y expuestos al sol como hace varios siglos hacían con los ajusticiados... Pero, la medalla tiene su reverso, y no muy halagüeño por cierto: os hablaré de un caso concreto.

Conociendo las alevosas inclinaciones de estos pájaros y su continua presencia en los grandes centros de reproducción pajarera, varios aficionados, excitados por la curiosidad, decidimos efectuar un concienzudo estudio sobre ellos.

—Señor Matxin, ¿cuáles son esos centros de reproducción?, preguntó Joxé.

—Mira, Joxé, ya ves cómo estos años van desapareciendo uno tras otro, los bosques y particularmente los robledales, por el afán de convertirlo todo en pastizales; pues bien, en aquellos frondosos lugares se diseminaban antaño, al llegar la primavera, grandes masas de pájaros donde se reproducían en gran número; hoy en día, las quedan pocos lugares acondicionados que ellos por instinto saben elegir. Principalmente se concentran buscando cobijo al amparo de su frondosa vegetación, en esa amplia zona de parques y jardines que rodea el casco urbano azcoitiarra que por las sombreadas márgenes del Urola se enlaza con el magnífico parque de Loyola... La presencia de los alcaudones, en estos parques acarreará funestas consecuencias si no se toman con urgencia las medidas pertinentes al caso.

—Pero, ¿no será difícil vigilar las andanzas de estos pajarracos!, repuso Joxé.

—Pues no lo creas, continuó Matxin. Nuestro grupo de aficionados eligió como campo de sus observaciones, la espaciosa finca de "Portu" en cuyo palacio nació el gran caballero ALTUNA-POR-

TU del entronque de dos ilustres Casas de nuestro valle. Contrastando con la tersura de algunos rincones cubiertos de limpio césped, hay otros en que las plantas, creciendo en enmarañado desorden, forman como una pequeña "jungla" donde gran número de pájaros insectívoros encuentran refugio y abundante comida... Aquí tratamos de sorprender la llegada de los alcaudones, que vendrían del Sur. Era el día 3 de mayo de 1953: pudimos anotar la presencia de un macho "collurius" con su hembra. La pareja se estableció en el manzanal que se extiende en la parte central de la finca. Los siguientes días hicieron su aparición una pareja "minor" que tomó para sí la parte noroeste, y luego otra, la "rufus", que se afincó en el lado sur de los jardines. Las tres parejas distaban unos ciento cincuenta metros formando triángulo.

A los pocos días, las hembras alcaudones empezaron a construir sus nidos, mientras que los tres machos pasaban el día cantando con frenesí.

Encaramado en la copa de un altísimo pino, cantaba sus requiebros una malviz... Tan pronto como se cansaba, el "collurius" le suplía muy bien: tan parecido era el canto de los dos, que el engaño era completo. La hembra seguía trabajando, construyendo con hierba seca, lanas y crin, un nido recostado a las ramas de un manzano: a los pocos días ponía cinco huevos de un color blanco sucio moteado de rojo.

Cantaba también sin cesar, el "rufus" en las copas de un pinar que parecía tomado en feudo: con su "fi, fi, dio, dio"... repetido incansablemente, imitaba al *Pyrhula vulgaris*. Anidó en un espeso matorral de difícil acceso.

Indiferentes a la presencia de estos pajarracos, buscaban numerosas currucas lugar adecuado para su reproducción en las riberas del riachuelo que bordea la finca. Allí, en buena convivencia el "minor" estableció su nido, semejante al de sus congéneres, sobre un arbusto, poniendo cuatro huevos.

Las primeras semanas de mayo se deslizaron plácidamente: los numerosos pajaritos que habitaban el bosque revoloteaban bulliciosos acarreamo alimento a sus nidos cuyas puestas estaban casi todas con crías: ninguna desconfianza inspiraban los alcaudones. El comportamiento de éstos no dejaba nada que desear. Era curioso verlos haciendo gran acopio de insectos, cuando el vaquero venía a cortar la ración diaria de hierba en el manzanal. En esta cacería matinal, se distinguía el "collurius" que se lanzaba audazmente sobre el césped, tras el segador, aprovechando el primero aquella buena despensa que les proporcionaba el corte de hierba.

Los "minor" llegaban después, pero, los "rufus" no se atrevían a acercarse hasta que se retiraba el segador. Una mañana, el "rufus" cogió una gran babosa, y después de picotearla con ferocidad la arrojó sin darla más importancia.

Mientras tanto, las puestas de nuestros alcaudones avanzaban, y con ello vino la ruptura de la convivencia pacífica que convertía en un pequeño Edén, nuestro puesto de observación.

El 27 de mayo, al mediodía, los gritos de angustia de una pareja de pinzones nos llevaron al manzanal: allí sorprendimos al "collurius" que llevaba en sus garras un polluelo, perseguido por numerosos pájaros que le rodeaban, increpándole inútilmente..., a poca distancia, sobre un manzano que días atrás había visitado, tenían su nido los pinzones con cinco crías: subí y... estaba vacío.

—¿Y cómo le dejaron ustedes cometer ese rapto?, preguntó apenada la Antoni.

—Nosotros no pudimos hacer nada para impedirlo, porque se escondió en la espesura, contestó Matxin.

—Pero, ¿cómo notaron ese nerviosismo entre los pájaros?, preguntó Joxé.

—Muchos pájaros, como la malviz, el "budites flava", el jilguero, el petirrojo, el mirlo y muchos más profieren un grito especial cuando a su prole o a ellos mismos amenaza algún peligro inmediato. Hay otros que manifiestan su nerviosismo ante un inminente peligro con su voz habitual aunque repetido con mayor celeridad y continuidad: éste fué el caso de nuestros pinzones y que nos hizo ser testigos de su desventura.

—¿También destrozaron otros nidos?, preguntó asustado Asier.

—Sí, contestó Matxin. Durante las primeras semanas de junio la tragedia se cernió sobre aquella población pajarera toda entera... Entre los hechos más salientes que entonces presencié y de los cuales guardo imborrable memoria, son el momento en que, a pocos pasos de distancia, un "minor" destripó en pocos segundos a cuatro verdicillos de una nidada, y una lucha a muerte que sostuvo el macho "rufus" con una pareja de malvices que tenía cinco crías en un nido situado sobre un pequeño fresno. La hubiese pasado muy mal una de las malvices si nuestra presencia no hubiera puesto en fuga a los contendientes, pero la vuelta del "rufus" al terreno de la lucha pocos minutos después, nos convenció de que las malvices tenían perdida la partida: y en efecto, al día siguiente, los malvipollos habían desaparecido...

—¡Cuántos pajaritos habrán corrido la misma suerte!, exclamó Joxé, dirigiéndose a su hijo.

—En las primeras horas de la tarde, continuó Matxin, la alarma era general en nuestro campo: los pájaros dejaban de cebar a sus polluelos, y las hembras abandonaban sus puestas, víctimas del terror. A esas horas se veía a los alcaudones de las tres variedades, continuamente en acecho y en actitud amenazadora volando en corto de una a otra espesura, adentrándose en los arbolados donde anidaban numerosas fringillas y currucas: realizaban verdaderas razzias en sus nidos, volviendo a los suyos con los despojos con los que cebaban a sus hijuelos. El espectáculo no podía ser más triste para los aficionados que sienten admiración y cariño hacia estos seres que Dios Nuestro Señor creó para alegrar los campos. Vean, vean el número de nidos que destruyeron aquella primavera las tres parejas de alcaudones...

Y sacando de su bolsillo un pequeño bloc de notas, leyó la siguiente relación:

Nidos de jilguera	17
” de verderón	9
” de currucas	6
” de papamoscas	3
” de pinzón	7
“ de verdecillo	4
“ de malviz	2
” de petirrojo	2
“ de frailecillo	2
	52 nidos
TOTAL	

Nuestro grupo de aficionados observadores comprobó la destrucción de estos cincuenta y dos nidos, donde poco más o menos habrían sido criados doscientos pajaritos, a los que habría que añadir otros muchos más que escaparon a nuestra vista pero que habrían de correr la misma suerte.

El establecimiento de estos alcaudones en nuestros centros de reproducción daría a la larga el mismo resultado que si metiéramos un gato en una canariera...

—Pero, ¿cómo les dejaron vivir en paz a semejantes destructores?... preguntó Antoni.

—A raíz de estos acontecimientos, se dispersó la mayoría de los pájaros, huyendo del terror que les infundía la presencia de los alcaudones, y volviendo a anidar en las cercanías de la población. En cuanto a los alcaudones, una nueva fechoría les acarreó su des-

trucción... No muy lejos de este lugar uno de nuestro grupo criaba con afán tres canarios en una jaula colgada a una de las ventanas de su domicilio. El 22 de junio de aquel mismo año, al volver de su trabajo quedóse desagradablemente sorprendido al encontrar sus tres pajaritos degollados... Los vecinos alcaudones habían sido los causantes del estrago. Nuestro grupo quiso darles lo merecido: se reunió en consejo sumarísimo y decretó un castigo ejemplar.

No se tardó mucho en coger a liga las dos parejas de "collurius" y "minor" e inmediatamente fueron decapitados junto con sus polluelos, sin contemplación ninguna. No pudieron coger la pareja de "rufus", pero su nido fué destruido: así terminó la actuación de aquellos pobres alcaudones. De otra forma no se hubiera podido cazarlos, pues llegan en plena veda y emigran a principios de agosto, burlándose así de los que conociendo sus criminales instintos esperan hacerles justicia. Por la misma coyuntura la pareja de "rufus", dejando una estela de rencor, se marchó sin recibir su merecido.

—Debían de tomarse algunas medidas especiales contra estos pájaros, comentó Joxé.

—Sí, aunque reconociendo las ventajas que reporta al campo de la inagotable voracidad de estos pájaros cuando se emplean en más discreta cacería, conviene tenerlos alejados de nuestros grandes centros de reproducción, pero la veda, como gran encubridora, hace imposible el castigo que merecen sus fechorías. ¡Bueno!, os estoy cansando ya... pero, perdonen. Cuando empiezo con mis pájaros no sé cómo terminar y se olvida hasta la noción del tiempo, dijo Matxin.

—¡No, Matxin! Si nos ha hecho pasar un rato muy agradable!

—Sí, sí; he estado tan embebida en sus interesantes narraciones, que ni siquiera me acordaba de que aún tengo que preparar la cena, dijo levantándose la Antoni.

Matxin, despidiéndose efusivamente de Asiertxo, cerró tras de sí la rústica puerta que separaba de la carretera aquel encantador rincón, y dirigiendo un cariñoso "agur danori, ta biar arte", se marchó en dirección a su txoko. Como un eco resonó entre los rosales, "Matxin, bija ondo!"